

Rojo y Blanco

SEMANARIO ILUSTRADO

JUAN C. MORATORIO
B. FERNÁNDEZ Y MEDINA
REDACTORES

ADMINISTRACIÓN:
CALLE 18 DE JULIO, 77 Y 79
DORNALACHE Y REYES: EDITORES

SAMUEL BLIXÉN
DIRECTOR

Año II

MONTEVIDEO, AGOSTO 4 DE 1901

Número 33



Aquella alegre mañana del mes de Junio, luminosa y fría como una espada, ejerció sobre los sentidos de Próspero Mirati el más saludable de los efectos. Se levantó de buen humor, tarareando un *minuetto* de Mozart, y á medio vestir, abrió de par en par la ventana de su habitación que daba al campo, para que por ella penetraran la luz resplandeciente y el aire puro del nuevo día. La tierra de los valles próximos parecía dormir aun bajo la sábana de la helada nocturna, pero el Sol, con la travesura de un amante indiscreto, levantaba un extremo del blanco cendal, para sorprender las bellezas y mortificar los pudores de la verde y graciosa campiña sorprendida en su sueño. Una niebla tenue y transparente se elevaba en la atmósfera y á cierta altura se desflocaaba como una ilusión, ó se desvanecía como una esperanza, sobre el azul cobalto de un cielo límpido. Á lo lejos, mostraban sus caprichosas jibas unos cuantos cerros, cuyas siluetas parecían las de enormes dromedarios echados sobre el pastizal del valle, en cuyo centro se adivinaba el viboreo negroscuro de un arroyo. Aquí y allá, por los húmedos potreros, estaban pesadamente los novillos, para desentumir sus cuartos ateridos por la escarcha, y balaban las ovejas, remontando melancólicamente una ladera, y desgranándose por la cuchilla como un desparramo de blanca mazamorra...

Próspero se sopló los dedos endurecidos por el frío. se restregó las manos, y con una sonrisa en su plácida y redonda faz de hombre sin ideas, paseó su mansa mirada azul por aquel esplendor matutino que se malgastaba al ofrecérsele. Una ráfaga de un vientecillo cantante como una navaja, arremolinó en un rincón del cuarto los papeles que estaban poco antes esparcidos sobre la mesa. Próspero los recogió presuroso, y después de ordenar las carillas cubiertas de signos indecifrabiles, de notas minúsculas, amontonadas como hormigas en los sinuosos senderos de los pentágramas

trazados á pulso, colocó sobre ellas,— como si pusiera una lápida funeraria sobre el trabajo febril de toda la pasada noche,— una enorme ágata veteada de rojo y negro. El reclamo tímido y persistente de una perdiz que merodeaba en las tierras removidas de la chacra, y una bandada de palomas que salió del monte para posarse con ruidoso aleteo en el cardal vecino, despertaron en Próspero veleidades cinegéticas, y, descolgando su fusil de dos cañones, salió al patio, después de llenarse los bolsillos de cartuchos... —«Luego trabajaré!»— murmuró, mientras montaba los gatillos y se convencía de que estaban *al pelo*. Y, tarareando siempre, atravesó el cuadrilátero de tierra apisonada en que crecían dos naranjos tísicos, con el duro follaje mordido por las heladas y por toda clase de parásitos, y en que media docena de plantas de yerba buena y albahaca, puestas en latas que fueron de aceite fino, remedaban tristemente las galas de un jardín, acompañadas de unos gajos de malvón, groseramente retorcidos é indecentemente desnudos...

Al salir al campo raso, golpeó el suelo con impaciencia, y gritó con voz estentórea:—«¡Mugre!»... Á los pocos pasos, después de cargar la escopeta, dió á los aires un largo silbido, caprichosamente modulado. Como si respondiera á una evocación, surgió del montón de la leña, un tapecito de ocho á nueve años, patizambo, gordínflón, con el apodo justificado por la piel cobriza, sobre la cual la suciedad de muchos meses se había endurecido en manchas asquerosas como negras escoriaciones. Á pesar del frío, no llevaba el muchacho más que una camisa del color y del grueso de las telarañas cargadas de polvo, y un pantalón roto, atado con una cuerda á la cintura, y adornado con cuatro agujeros simétricos: uno én cada nalga y otro en cada rodilla. En la cabeza llevaba *Mugre* un sombrero que en otro tiempo fué gris, y que había llegado á ser verde, pues algas y líquenes microscópicos, vivfan m-

seramente en la espesa capa de polvo que lo cubría. El sombrero no tenía cinta, pero una faja circular, más limpia que el resto, señalaba el sitio que ocupara antes aquel adorno, y por una abertura central se escapaba un mechón de pelo, enhiesto y duro como una mata de paja brava. Por todo calzado llevaba el indio-cito la consolidación del barro viejo en torno de sus pies desnudos, que á través del aluvión endurecido exhibían las rojas señales de cortaduras y pinchazos, á los cuales no eran ajenos la espina de la cruz y el abrojo negro... Restregándose los ojos, (que eran redondos, grandes y oscuros), preguntó con una voz desahogada y chillona: — «¿Va á casa, patrón?» — Y después de sujetarse los calzones, haciendo un nudo nuevo en su cinturón de cuerda, se puso en marcha detrás de Próspero, saltando como un gnomo travieso, y tirando terrones ó pedazos de bosta endurecida, á los chingolos que gambeteaban huyendo entre las matas de la fechilla amarillenta.

Próspero bajó la ladera lentamente, aspirando el aire á plenos pulmones. Le encantaba la mañana aquella,

París, sin haber puesto una sola vez en práctica todo su inmenso saber teórico, pero si nunca logró escribir ni una mala romanza, en cambio trajo melenas á lo Massenet; unos retratos de Bruneau y Reyer, con amarillentas dedicatorias al dorso, numerosas reminiscencias anecdóticas de César Franck, Vincent D'Indry, Weckerlin, y otros cuantos nuevos. Los que le vieron el pelo y oyeron las anécdotas, lo consideraron un gran músico.

Por una extravagancia de la suerte, Próspero no necesitó más para llamar la atención. Sus fracasos fueron atribuidos á la audacia innovadora de su genio; si Colonne ó Lamoureux no habían incluido en los programas de sus grandes conciertos ni una misera sinfonía del compositor oriental, era porque se habían asustado ante la osadía de ciertas originalidades. Y de esa manera, poco á poco, la leyenda popular hizo del impotente, del pobre *Vacio*, un precursor, un revolucionario, un Mesías de la estética musical. Y Próspero tuvo admiradores á crédito, que le anticiparon elogios sobre méritos no conocidos, y más tarde fanáticos, que



sonriente como un despertar infantil, llena de luz, rica en armonías... Eso: las armonías confusas y variadas de la Naturaleza, en el momento rumoroso de su diaria resurrección, era lo que concentraba y atraía todo su interés. Próspero era, ó mejor dicho, se creía músico. Contra la voluntad de su padre, que pretendió hacer de él un comerciante, un financista, y quizás un Ministro de Hacienda, se había empeñado en seguir su pretendida vocación musical. Su madre le había dejado fortuna, y con ella pudo Próspero satisfacer su capricho. Estuvo tres años en el Conservatorio de Nápoles, y luego fué á completar sus estudios á París; pero por más empeño que puso, no logró destacarse entre la turba multa. Muy fuerte en teoría, bastante hábil para la crítica de la ajena labor, era incapaz de toda producción, y todos sus esfuerzos para figurar dignamente en los concursos, habían sido vanos. La esterilidad y la impotencia eran sus características intelectuales, y cuanto más se había empeñado en crear, más notoria se había hecho su incapacidad afrentosa. Sus compañeros de estudios, enterados de ella, le habían puesto por sobrenombre *El Vacio*, porque efectivamente, no tenía una sola idea propia dentro del cerebro. Le era imposible reunir ocho compases, sin que la melodía, trabajosamente elaborada, no se pareciera á algo ya escrito, y lo que era peor, á algo de una banalidad desesperante... Avergonzado y envilecido interiormente por la noción de su falta de originalidad, Próspero volvió de

se hubieran hecho matar por defender una mínima de cualquiera composición suya... La gloria, comprada á tan bajo precio, fué grata á nuestro héroe, y alentado por la pública simpatía, habló de sus sueños como si fueran realidades. Dió como escrita la maravillosa sinfonía en la mayor titulada *La Medusa*, que debía pintar musicalmente los horrores de un naufragio; mencionó más de una vez, al pasar, como si se tratara de cosa de poca monta, la serie de minuetos, gavotas, sarabandas y rigodones escritos en estilo antiguo; hizo alusiones, entrecerrando los ojos y sonriendo misteriosamente, á una ópera comenzada, simbolista y filosófica, de la cual tan sólo él y Maeterlinck conocían el título y el argumento... Y todas estas fábulas hicieron camino, y Próspero ascendió á la categoría de gloria nacional. Y de eso — aunque parezca imposible — nació para él un terrible compromiso.

Sucedió que un buen día desbordó el río Negro, y que, allá por Mercedes, quedaron cien ó doscientas casas en ruinas y otras tantas familias sin albergue... Á decir verdad, el suceso dejó muy tranquilo á Próspero, que no podía considerarse interesado en semejante catástrofe. Pero á un filántropo — nunca falta un *buey corneta* — se le antojó remediar á tanta desventura, y organizó una comisión de personas eminentes, que á su vez organizó una fiesta de beneficencia, sobre la base de una cantata, cuya letra debía escribir el más famoso poeta del país, y cuya música, como es natural, correspondía su-

ministrar al primer compositor; es decir, á Próspero. Este quiso escusarse; pretestó múltiples tareas; alegó su estado neurasténico, pero ni siquiera esta enfermedad de buen tono pudo vencer las exigencias de la medida de buen tono pudo vencer las exigencias de la medida de tres meses para escribir su partitura; el gran poeta le envió una cantidad enorme de pequeños versos, que no decían absolutamente nada; las familias *más distinguidas* suministraron los elementos para los coros femeninos. Pobre Próspero!... Esta vez no había escapatoria; era forzoso producirse. El desgraciado tomó una resolución heroica: fué á sentarse en las soledades de la estancia paterna. De aquel silencio de la Naturaleza virgen é inviolada debía surgir la Melodía, y en el reposo de los campos desiertos debían nacer las turbulencias de la Inspiración. Próspero recordaba que su amigo Bruneau, el autor insignificante de *Messidor*, le había dicho más de una vez: «El Arte excelso nace del amor á la Naturaleza. La con templación cariñosa del paisaje es fértil en ideas y sensaciones vírgenes. Quien aspire á la originalidad debe perderse en el seno lóbrego de los bosques, so-

balar de ovejas, mugidos melancólicos de reses que olfateaban sangre en el sitio de la *carneada*, ladridos de teruteros á algún peón que cruzaba el campo—le parecía desentrañar una vaga melodía, informe aún, pero que aclaraba cada vez más su índole poética y apasible. Dos ó tres veces se detuvo para apuntar en su cartera la *idea* melódica de aquellos ruidos, que debían pintar, en la primera parte de su poema sinfónico, la alegría bucólica de la vida pastoril, interrumpida después, dramáticamente, por los fragores de la inundación. Pero le fué imposible sintetizar en notas aquella intrincada polifonía, y sintió la impaciencia que se experimenta en los melodramas, cuando el personaje providencial, encargado de revelar el secreto que salvaría á los inocentes, enmudece de pronto, y no consigue balbucear más que sílabas entrecortadas y confusas... Siguió su camino hasta llegar al alambrado que dividía los potreros. Allí, al abrigo de unas piedras, una *punta* de majada pacía tranquilamente. Entre los animales inmóviles, hormigueaba una negra bandada de tordos; estos pájaros, amigos de las ovejas



ñar en la contemplación de las estrellas, aislarse en la inmensidad de las planicies solitarias, y temblar junto á las rompientes del mar bravío.» Puesta su última esperanza en esta receta del maestro, Próspero se aisló como un amante escrupuloso, para ocultar el connubio de su talento con la Madre eternamente fecunda... Y hacia un mes que esperaba que la Naturaleza recompensara su abnegación, y que alguna de sus infinitas y misteriosas voces, susurrara en sus oídos la esperada confidencia melódica, revelándole el secreto de las misteriosas armonías que las cosas encierran... ¡Vano esperar!... Durante las largas horas de insomnio y de expectativa febril, Próspero no oía nada, y era en vano que se golpeará la frente, y que borseñeara pliegos enteros de papel de música... Seguía siendo el *Vacio*, el infecundo, el impotente, el estéril... la inspiración no venía, y su cerebro se le antojaba la campana de una máquina neumática, en cuya atmósfera enrarecida, agonizaba progresiva y angustiosamente la luz de las últimas ideas...

Pero aquella mañana, Próspero se sentía feliz. El aire sano, el paisaje riante, el cielo puro lo habían puesto de buen humor. Tenta algo así como el presentimiento de que se aproximaba el instante de la Revelación. Del rumor confuso que subía del valle—lejano

saltaban por el suelo con movimientos bruscos, como si fueran de resorte. Algunos, encaramados sobre el lomo ó la cabeza de los carneros, les prestaban el servicio de comerles los parásitos que pululan entre los espesos y retorcidos vellones. *Mugre*, por hacer algo, y mientras Próspero se deslizaba trabajosamente entre los alambres estirados del cerco, arrojó una piedra en medio del obscuro y confiado montón de pájaros. Éstos tomaron el vuelo con pios de terror, se extendieron sobre el azul del cielo como una nube, con un desordenado y epiléptico temblor de alas, y fueron á posarse sobre los hilos de la línea telegráfica que cruzaba el campo. «Patrón—dijo *Mugre*—ahí los *tié* mansitos. ¿Po que no les tira, *pa vé* si hace un zafarrancho? Están gordos, y dice *máma* que son *güenos pa un guiso.*»

Próspero alzó los ojos, y viendo que de un tiro podía hacer muchas víctimas, levantó la escopeta, apuntando cuidadosamente. Pero la bajó en seguida, y se quedó con la boca abierta y la pupila dilatada por el asombro, contemplando la caprichosa disposición de los pájaros sobre los hilos. Estos eran cinco, y trazaban sobre el fondo del cielo, una especie de inmenso pentágrama. Los tordos, sobre los alambres, redondeados en la actitud de reposo y con la cabecita metida en el cuerpo, parecían puntitos negros, que á

Próspero—víctima de su constante preocupación musical—se le antojaron notas combinadas de maravillosa manera. Allí había una frase melódica, terminada por una escala ascendente, y por diversos acordes!... Con la mano que tenía libre, el artista se restregó los ojos, para convencerse de que no soñaba, luego dió su escopeta á *Mugre*, y con movimientos febriles y nerviosos buscó en el bolsillo su cartera y su lápiz.—«Patron... ¿no ies tira?—preguntó, en voz baja, el muchacho.—«Cállate, tape animal!»—rugió sordamente el patrón, y comenzó á trazar líneas sobre una hoja de papel, sin perder de vista á los pájaros que continuaban inmóviles en la primitiva disposición. Y Próspero comenzó á solfear la frase que veía escrita en el cielo, y con la cual la Naturaleza, tan ansiosamente interrogada por él, correspondía á su amorosa invocación de tantos días, y la frase le pareció grande, y, en su hermosa sencillez, divinamente sentimental y poética. En eso advirtió que los aisladores del poste telegráfico eran como signos puestos al comienzo de la melodía. Había tres de un lado y dos de otro.—«¿Serán bemoles ó sostenidos?»—se preguntó, y volvió á solfear la frase, tomándola en tono mayor. Le pareció más imponente, más brillante, más hermosa.

Ni Haydn, ni Mozart, ni Wagner, habían creado nada

semejante. ¡Gracias! gracias!—murmuró, mirando al cielo con los ojos bañados en llanto de tierna gratitud. Y ya, con una sonrisa de triunfo en los labios, comenzó á copiar la melodía providencial que debía haberse celebrado, cuando... ¡pum!... sonó un tiro á sus espaldas, y los pájaros se desbandaron con un ridículo temblor de miedo en las alas...

Volvióse Próspero con la rabia de una fiera... Vio al tape espantado, contrito, con la escopeta humeante en la mano. Corrió á él como un loco, levantando los dos puños. «Se me escapó, patrón... se me salió sin zos temblorosos su cabeza amenazada. Pero de nada le valieron llantos ni ruegos; cayó sobre él tal lluvia de moquetes y puntapiés, de sopapos y pellizcos, que hubo de huir aterrorizado.—«¡Canalla, canalla!»—ahullaba *Mugre*, persiguiéndolo.—«¡Se me escapó!»—ahullaba *Mugre*, al huir aespavorido por el campo. Pero Próspero le seguía siempre, hasta que al fin, jadeante y convulso, se dejó caer sobre la tierra húmeda y comenzó á llorar como un niño, con sollozos que estallaban lugubrement en el silencio de aquella mañanariseña. A él también se le había escapado—y comprendía que para siempre—el ensueño de toda su vida!

Samuel Blixén.

La ópera

COMPLETAMOS en este número la información respecto á la compañía lírica que acaba de estrenarse en Solís, publicando los retratos de los otros principales artistas que figuran en el elenco y que son elementos muy

discretos. El éxito ya obtenido en las primeras funciones, augura una temporada brillantísima, en la que podrán gustarse finas sensaciones artísticas, en medio del ambiente de elegancia y de lujo que la presencia de nuestras más distinguidas familias da al teatro. No puede decirse que la compañía esté compuesta de celebridades, pero en cambio el conjunto es bien homogéneo y las interpretaciones resultan correctísimas. Casi todos los artistas son jóvenes y ya ocupan un



MEZZO SOPRANO ERINA CONTI



BARÍTONO ADAMO GREGORETTI



MESSO-SOPRANO MARGARITA MANFREDI

discretos. El éxito ya obtenido en las primeras funciones, augura una temporada brillantísima, en la que podrán gustarse finas sensaciones artísticas, en medio del ambiente de elegancia y de lujo que la presencia de nuestras más distinguidas

buen puesto entre los cultores del arte lírico. Saben conseguir aplausos y ganarse la consideración del público, de modo que la ópera será esta vez, como otros años, el más llamativo acontecimiento teatral.



BAJO EUGENIO COLETTI



BAJO LUIS LUCENTI



MAESTRO FRANCISCO CADEVILLA